

EL CORO - CAYETANO.—Sí, los comienzos son malos y mala será la terminación, creedme: porque todo crimen cometido en un arrebato de cólera debe ser expiado. No fué el azar, no fué el ciego destino quien arrebató de furor á los dos hermanos. Maldecido el seno de su madre, debía dar á luz el odio y la guerra. Pero fuerza es callar. Los dioses vengadores fabrican su obra en silencio; será tiempo de deplorar esas catástrofes cuando se acerquen y se manifiesten. *(Vase el coro.)*



## ACTO II

### ESCENA PRIMERA

Mutación de escena. Jardín con vista al mar

BEATRIZ sale de un pabellón, da algunos pasos inciertos con inquietud mirando á todos lados, y se detiene de pronto.

BEATRIZ

**N**o es él; es el aire que murmura atravesando las copas de los pinos. Ya el sol descende hacia el horizonte, vanse las horas con lento paso, y me siento sobrecogida por el terror. Este mismo silencio, esta quietud me aterran. En todo lo que alcanza la mirada nada se muestra. ¡Me deja aquí languideciendo en mi angustia!

Oigo cercano el mugido y el hormiguelo de la muchedumbre en la ciudad, semejante á una cascada espumante. Á lo lejos suena el mar inmenso,... las olas que se rompen contra la playa con sordo rumor. Todo llena mi alma de espanto. Siéntome débil en medio de

esta terrible grandeza, y como la hoja caída del árbol, me pierdo en el espacio infinito.

¿Por qué abandoné mi plácida celda? Allí vivía sin echar nada de menos y sin ansia alguna. Mi corazón estaba tranquilo como la verdura de los prados; sin deseo pero no sin júbilo. Ahora me arrastra la oleada de la vida, y el mundo me oprime en sus brazos de gigante. He roto mis primeros lazos, fiada en la frívola prenda de un juramento.

¿Dónde estaba mi razón? ¿Qué hice?

Ciega ilusión me engañó y me extravió. He desgarrado el velo de mi casta juventud, he franqueado los umbrales de mi celda piadosa. ¿Me ha envuelto la magia del infierno? En mi culpable fuga he seguido á un hombre, á un raptor audaz. ¡Oh, ven, amado mío! ¿Dónde estás? ¿Por qué esta tardanza? Libra, libra mi alma de sus combates. Me roe el arrepentimiento, y el dolor se apodera de mí; tranquilice mi corazón tu presencia querida!

¿Pero no debía, acaso, abandonarme al único hombre que me ha mostrado cariño? Fui lanzada á la vida como una extranjera, y bien pronto un destino riguroso, cuyo velo no me atrevo á levantar, me arrancó del seno materno. Una sola vez he visto á la que me dió el sér, y su imagen se ha desvanecido á mis ojos como un sueño.

Así iba yo creciendo tranquila en aquella morada de paz, así atravesaba la época ardorosa de la vida, acompañada de fantasmas, cuando de pronto parece él en los umbrales del claustro con la belleza de un dios y el viril continente de un héroe. ¡Oh! no hay palabras que expresen mi emoción; se adelanta á mi encuentro como un morador de otro mundo, y al instante queda el lazo estrechado: lazo que parecía haber existido siempre, y que los hombres no romperán jamás.

Perdona ¡oh tú que me diste la vida! si adelantando

la hora fatal, he decidido de mi suerte con mi propia mano! No le elegí libremente.... él vino á mi encuentro. El dios penetra á través de las puertas cerradas, ábrese camino hasta la torre de Danae, y el destino no pierde su víctima. Aunque esté atada á desiertos peñascos, ó á las columnas del Atlas que sostienen el cielo, un corcel alado llegará hasta ella.

No quiero mirar hacia atrás, no echo de menos mi retiro. Amo, y quiero confiarme al amor. ¿Hay mayor felicidad que esta?..... Yo me contento con mi suerte. No conozco los demás goces de la vida: no conozco, ni quiero jamás conocer á los que se llaman mis padres, si han de separarme de ti, amado mío. Quiero ser eternamente un enigma para mi propio pensamiento. Bastante sé; sólo para ti quiero vivir. *(Con atención creciente.)* ¡Qué escucho! ¿Es el sonido de su voz querida? No; es el eco del mar que rompe sus olas con sordo rumor contra la playa. No, no es mi amado. ¡Desdichada de mí! ¿Dónde está? ¡Qué estremecimiento glacial me sobrecoge! El sol descendiendo cada vez más. Este sitio se va haciendo más solitario á cada momento, y un peso mayor oprime mi corazón. ¿Qué le detiene? *(Da algunos pasos inciertos, con inquietud.)*



*tud.*) No me atrevo á salvar las tapias tranquilas de este jardín. El terror se apoderó de mí apenas osé penetrar en la vecina iglesia. Cuando sonaba la hora de la oración, una fuerza poderosa, que dominaba mi alma, me empujaba hacia el santo lugar, á hincar las rodillas y á invocar á la madre de Dios..... y no pude resistirla.

¿Y si un espía siguiese mis pasos? El mundo está lleno de enemigos. La astucia tiende en todos los senderos sus redes engañosas para tentar á la piadosa inocencia. ¡Cuán cruelmente lo experimenté el día en que, movida por culpable atrevimiento, salí fuera del recinto del claustro á ver una multitud de extranjeros! Era en la solemnidad de los funerales del príncipe. Cara pagué mi temeridad. Dios sólo me libró..... Cuando aquel mancebo, aquel extranjero se me acercó con inflamados ojos, y con su mirada que me aterraba, que penetraba en mis entrañas y parecía leer en el fondo de mi corazón..... Al recordarlo, siento aún el calofrío de miedo que hiela mi seno. Jamás, ¡oh! jamás puedo confundir mis miradas con las de mi amado, cuando pienso en esa falta secreta! (*Escucha.*) ¡Voces en el jardín! ¡Es él, es mi amado! es él mismo! Ahora no es alucinación de mi oído, no. Viene; se va acercando. Vuelo á sus brazos.

(*Echa á correr con los brazos abiertos hacia el fondo del jardín. Don César avanza á su encuentro.*)

## ESCENA II

DON CÉSAR, BEATRIZ, EL CORO

BEATRIZ (*retrocede con terror*).—¡Desgraciada! ¿Qué veo?  
(*El coro se adelanta*).

D. CÉSAR.—Nada temáis, tierna y hermosa criatura.

(*Al coro.*) El rudo aspecto de vuestras armas atemoriza á esta tierna doncella: retiráos, y permaneced á respetuosa distancia. (*A Beatriz.*) Nada temáis; el tímido pudor y la belleza son sagrados para mí. (*Retrase el coro. Se acerca á ella y la coge la mano.*) ¿Dónde es-



tabas? ¿Cuál fué el dios que te arrebató á mi vista por tanto tiempo? Te he buscado, te he perseguido; en mis ensueños y en mis vigiliás, eras el único sentimiento que vibraba en mi corazón, desde el punto en que te ví por vez primera como ángel resplandeciente, en los funerales del príncipe. No has podido desconocer el imperio que sobre mí ejercías. Bien te lo dijeron el ardor de mis miradas, la emoción de mi voz, y mi mano que temblaba en la tuya, aunque la austera

majestad de aquel sitio me prohibía declararlo más resueltamente. La celebración de la misa me llamaba á la oración, y cuando me puse otra vez en pié, al lanzarte la primera mirada, fuíste arrebatada á mi vista; pero yo quedé encadenado á ti con todas sus fuerzas por la magia de un lazo inquebrantable. Desde aquel día, te busco sin tregua en todas las iglesias, á la puerta de todos los palacios, en todos los sitios públicos y secretos en que puede mostrarse la inocencia. Por todas partes he desparramado mis emisarios; pero todos mis cuidados han sido inútiles, hasta este día, en que por fin la diligencia de uno de mis servidores, guiada sin duda por un dios, te ha descubierto en la vecina iglesia. (*Beatriz, que en esto ha permanecido temblorosa, vuelve la cabeza y hace un ademán de terror.*) Te encuentro, al fin, y antes mi alma abandonará mi cuerpo que te deje yo; para encadenar al azar, para libertarme del demonio, te presento á todos esos testigos como esposa mía y te doy en garantía mi mano de caballero. (*La acompaña ante el coro.*) No quiero indagar quién eres, te quiero por ti, y nada pido á los demás. Tu primera mirada me declaró que tu alma es pura como tu origen; y no te amaría menos, aunque fueses de la más baja cuna. ¿He perdido la libertad de elegir? Sabe que soy dueño de mis acciones y bastante principal en el mundo para elevar hasta mí, con brazo robusto, á la que amo. Yo soy don César, y en esta ciudad de Mesina nadie más grande que yo. (*Beatriz se pone de nuevo á temblar; él lo nota, y continúa después de un momento de silencio.*) Pláceme tu sorpresa y tu modesto silencio; el pudor humilde corona tus atractivos; la hermosura ignora cuánto vale y se espanta de su propio poder. Voy á salir y te dejaré sola, para que tu espíritu se recobre de su terror; porque también la impresión de una dicha nueva suele causar espanto.

(*Al coro.*) Desde este instante honradla como á una desposada y como á vuestra princesa. Dadle á conocer la grandeza de su porvenir. Pronto volveré á buscarla con aparato digno de ella y de mí. (*Vase.*)

### ESCENA III

BEATRIZ y EL CORO

EL CORO-BOHEMUNDO.—¡Salud, doncella, amable soberana! ¡Triunfaste, tuya es la corona! Yo te saludo, á ti que perpetuarás esa raza; á ti, madre feliz de futuros héroes!

ROGER.—¡Tres veces salve! Con óptimos auspicios entras gozosa en una casa que la dicha habita, favorecida por los dioses, ornada de las coronas de la gloria, donde el cetro de oro, por constante sucesión, pasa de los ascendientes á sus hijos.

BOHEMUNDO.—Los dioses domésticos, y los antepasados nobles y venerados de esa casa, se alegrarán por tu amable venida. En los umbrales serás recibida por Hebe, la de la juventud siempre floreciente; por la victoria brillante, la diosa alada que descansa en la mano del Dios supremo, y que conduce al triunfo al tender el vuelo.

ROGER.—Jamás la corona de la hermosura salió de esta raza. Cada princesa transmitió á la que le sucedía el cinturón de las gracias y el velo de la modestia. Pero el más hermoso espectáculo fué para mí la más bella de las hijas, junto á la madre en la flor de la belleza.

BEATRIZ (*recobrándose de su terror*).—¡Desdichada! ¿En qué manos me ha echado la suerte? Entre todos los seres vivos éste es á quien debía temer más. Ahora comprendo el estremecimiento, el horror misterioso que me hacía temblar cuando se pronunciaba el nom-

bre de esa raza terrible que se odia á sí misma, y se desgarrá, y se encarniza enfurecida contra su propio seno.

Con espanto he oído hablar varias veces del odio envenenado de los dos hermanos; y ahora el destino tremendo me lanza á mí, desgraciada y sin apoyo, en el torbellino de semejante fatalidad.

*(Echa á correr y desaparece en el pabellón del jardín.)*

#### ESCENA IV

EL CORO - BOHEMUNDO.—Envidio á los felices hijos de los dioses, á los señores afortunados del poder; suyo es lo más precioso, y ellos recogen la flor de cuanto estiman los mortales por hermoso y grande.

ROGER.—Cuando el pescador se sumerge en las aguas para coger perlas, les destina la más hermosa; para ellos también la parte mejor de la cosecha obtenida por el trabajo común. Conténtense los servidores con su porción, pues la principal es para el señor.

BOHEMUNDO.—No le disputo las demás ventajas: mas le envidio su más precioso privilegio, el de poder elegir entre las flores de la belleza. Lo que hechiza las miradas de todo el mundo, sólo él lo posee.

ROGER.—El corsario aborda á la orilla espada en mano. En su nocturna algarada arrebatá hombres y mujeres, y satisface sus brutales apetitos; mas no se atreve á tocar á la más bella presea real.

BOHEMUNDO.—Vamos ahora á guardar la entrada y los umbrales de este santo retiro, á fin de que ningún profano penetre en este misterio, y así seamos merecedores de los elogios del señor, que nos ha confiado su más precioso bien.

*(Retírase el coro al fondo del teatro.—Mutación de escena.*

*Una sala de palacio.)*

#### ESCENA V

DOÑA ISABEL, DON MANUEL, DON CÉSAR

ISABEL.—Por fin llegó el día solemne y ardientemente deseado; el día esperado con tal impaciencia. Veo á mis hijos unidos por el afecto. Enlazo sus manos, y por vez primera reunidos en esta intimidad, puede vuestra madre dichosa abriros su corazón. Alejada se halla la grosera multitud de testigos que se interponen entre vosotros y yo, presta al combate, y no atemoriza mis oídos el rumor de las armas. Como la nocturna bandada de buhos, moradores de un edificio en ruinas, abandona sus nidos y huye cual negro enjambre que oscurece la claridad del día, cuando el dueño, largo tiempo desterrado, regresa con gozosa pompa á levantar un nuevo edificio; así huye el odio antiguo acompañado de su tenebroso cortejo. La sospecha de siniestra mirada, la envidia de pálido rostro, la maldad repugnante, abandonan nuestras puertas para hundirse murmurando en el infierno, y con la paz vuelven la sonriente confianza y la dulce concordia. *(Hace una pausa.)* Pero no basta que este día dé á cada uno un hermano; os dá también una hermana. ¡Os asombráis..... me miráis con sorpresa! Sí, hijos míos, es tiempo de romper el silencio; es tiempo de rasgar el sello de un secreto mucho há guardado. Yo dí una hija á vuestro padre; tenéis una hermana, y hoy la estrecharéis en vuestros brazos.

D. CÉSAR.—¿Qué dices, madre? ¿Tenemos una hermana, y jamás hemos oído hablar de ella?

D. MANUEL.—En nuestra alegre infancia, cierto que oímos decir que nos había nacido una hermana; pero contaban que la muerte la arrebató en la cuna.

ISABEL.—Pues se equivocaron : vive.

D. CÉSAR.—¡Vive, y nos la has tenido oculta!

ISABEL.—Voy á deciros los motivos de mi silencio. Sabed lo que pasó y cuales fueron sus frutos. Erais aún niños, y ya la deplorable antipatía, que no debe renacer jamás, os dividía y llenaba de tristeza. En esto vuestro padre tuvo un día un raro sueño; parecióle ver salir de su lecho nupcial dos laureles que entrelazaban sus tupidas ramas; entre los dos se levantaba un lirio que se convirtió en una antorcha y devoró las ramas tupidas de los laureles, y lanzándose con furor hacia el techo, incendió el palacio y lo consumió. Aterrado por aquella sorprendente aparición, consultó vuestro padre á un astrólogo árabe que era su oráculo, y en quien ponía mayor confianza de lo que yo hubiese querido. El árabe declaró que si yo daba á luz una niña, causaría la muerte á sus dos hermanos y por ella perecería toda su raza. En esto fuí madre de una niña, y vuestro padre dió la orden cruel de arrojarla al mar: pero eludí la sentencia de muerte, y guardé mi hija, gracias á la prudente diligencia de un fiel servidor.

D. CÉSAR.—¡Bendito sea el que te prestó auxilio! Jamás falta la prudencia al amor de una madre.

ISABEL.—No era tan sólo la voz del amor maternal la que me impulsaba á salvar á mi hija; también yo había tenido maravilloso y profético ensueño cuando llevaba aquella niña en mi seno. Ví á un niño, hermoso como el dios del amor, que jugaba sobre el césped. En esto sale del bosque un león, llevando en su boca ensangrentada la presa que acababa de hacer, y viene con blandura á ponerla en el seno del niño; un águila que se cernía en los aires, se dejó caer, con un corzo tembloroso cogido en sus zarpas, y lo depuso también con blandura junto á él; y entonces el águila y el león, pacíficos y sumisos, se echaron á los piés

del niño. El significado de esta visión me lo declaró un monje favorecido de la gracia divina, en el cual mi corazón ha encontrado siempre consuelo y consejo en todos los pesares de este mundo, y quien me reveló que daría la vida á una niña que transformaría en un sentimiento de amor ardiente la belicosa condición de mis hijos. En mi alma guardé aquellas palabras, fiando más en el Dios de verdad que en el espíritu de mentira. Salvé á aquella niña, divina mensajera; á aquella hija de bendición, prenda de mi esperanza, que debía ser para mí el instrumento de la paz mientras vuestro odio se acrecentaba sin tregua.

D. MANUEL (*abrazando á su hermano*).—No es ya necesaria nuestra hermana para formar el lazo de nuestro amor, pero sin duda lo estrechará aún más.

ISABEL.—La oculté en un retiro seguro, donde fué cuidada, lejos de mí, por extrañas manos. Me privé de la dicha á pesar de mi ardiente deseo de verla, porque temía la severidad de su padre, quien atormentado sin cesar por sombría desconfianza, espiaba todos mis pasos.

D. CÉSAR.—Tres meses hace que nuestro padre descansa en la tumba. ¿Qué ha podido impedirte, madre, mostrar á la luz del día á quien por tanto tiempo permaneció en un claustro, y regocijar así nuestros corazones?

ISABEL.—¿Qué otro motivo puede ser, más que vuestras malhadadas discordias, cuya violencia nada podía calmar, y que inflamadas sobre la tumba de vuestro padre, no ofrecían medio alguno de reconciliación? ¿Podía yo traer á vuestra hermana entre vuestros aceros crueles? ¿Podíais vosotros en el fragor de la tempestad oír la voz de una madre, y debía exponer prematuramente al furor de tales odios aquella prenda de bienhadada paz, la última áncora á que

la asían mis piadosas esperanzas? Antes de verla entre vosotros, semejante á un ángel de paz, fuerza era que viniéseis ambos á daros el abrazo de hermanos. Ahora puedo hacerlo y voy á presentárosla. Envié en su busca á mi viejo servidor y espero su regreso; él la sacará de su apacible retiro, y la traerá junto al corazón de una madre y á los brazos de sus hermanos.

D. MANUEL.—No será ella sola la que estrecharás hoy en tus brazos maternales. El júbilo entra por todas las puertas, y este palacio desierto va á convertirse en morada de las gracias encantadoras. Sabe también mi secreto, madre mía: tú me das una hermana, yo quiero ofrecerte una segunda hija digna de tu amor. Sí, madre mía, bendice á tu hijo! Mi corazón ha encontrado y ha elegido á la que ha de ser la compañera de mi vida. Antes que el sol haya abandonado el horizonte, pondré á tus plantas á la esposa de tu hijo.

ISABEL.—Con placer estrecharé contra mi seno á la que ha de hacer feliz á mi primogénito. Nazca el gozo de sus huellas, y recompensen todas las flores de la vida al hijo que así glorifica á su madre.

D. CÉSAR.—No derrames, madre mía, todas las bendiciones sobre tu primogénito. Si bendices el amor, también te traeré yo una hija, digna de ti. Ella me enseñó á sentir nuevos afectos. Antes que el día haya espirado, don César te presentará á su esposa.

D. MANUEL.—¡Potencia soberana y divina del amor! Con razón eres llamada la reina de las almas. Sometidos á ti los elementos, puedes unir los más hostiles corazones; cuánto vive acata tu poder. Tú venciste la violenta naturaleza de mi hermano, que había permanecido hasta ahora inflexible. *(Da un abrazo á don César.)* Ahora creo en ti y con mil dulces esperanzas te oprimo contra mi pecho fraternal. Ya no dudo de tu afecto, pues eres capaz de amar.

ISABEL.—¡Bendito sea tres veces este día! porque en un instante me alivió de todos mis dolores... Veo mi raza apoyada en sólido fundamento, y puedo tender satisfecha la mirada por la inmensidad del tiempo. Ayer aún, cubierta con las tocas de la viudez, abandonada, sin hijos, semejante á un cadáver, sola me encontraba en estas salas desiertas; hoy tres hijos, en la flor de la juventud, acuden á mi lado. ¿Habrá, entre todas las madres, quien pueda compararse á mí? ¿Pero cuál es el príncipe vecino de nuestro país que nos da sus reales hijas? De ninguna tengo noticia, y mis hijos no pueden haber elegido indignamente.

D. MANUEL.—No me obligues, madre mía, á levantar hoy el velo de mi felicidad. Acércase el día en que todo debe revelarse. Mi desposada se presentará sola y está segura de que la encontrarás digna de ti.

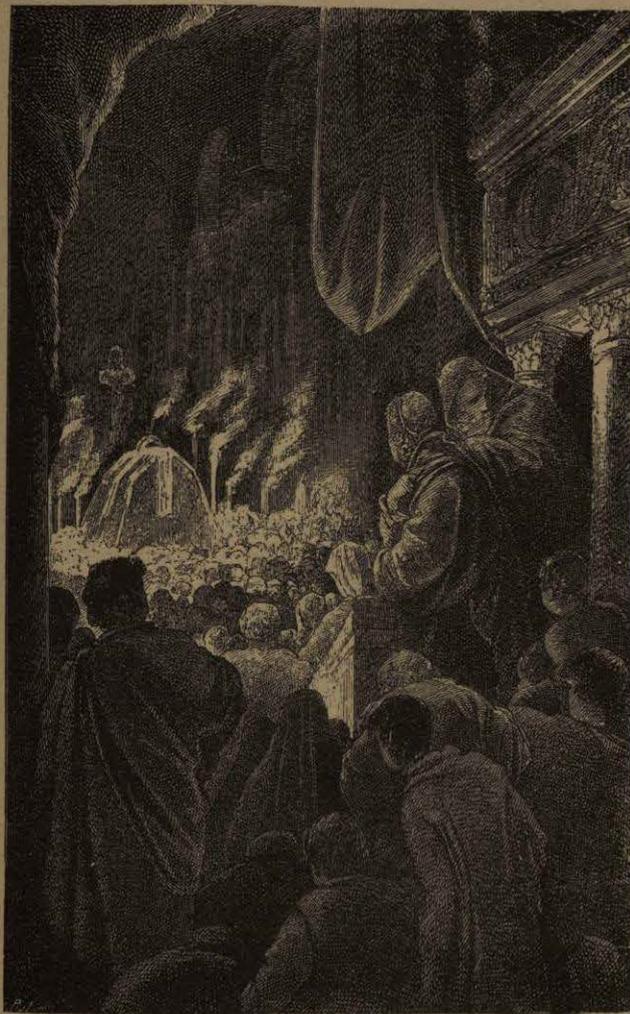
ISABEL.—En ti reconozco el espíritu y el carácter de tu padre. También él gustaba de formar sus proyectos en lo más hondo de su alma, y de arraigar en su corazón silencioso sus resoluciones inquebrantables. Con placer te concedo ese breve plazo; mas estoy segura de que mi hijo César va á nombrarme su real desposada.

D. CÉSAR.—No suelo ocultarme en el misterio; llevo escritos con sinceridad mis sentimientos en mi rostro. Pero lo que deseas saber de mí—permite, madre mía, que te lo confiese francamente,—ni yo mismo lo he preguntado aún. ¿Pregúntase de dónde vienen los rayos inflamados del sol? Harto se denuncian con alumbrar el mundo; su luz atestigua que provienen de la luz. He leído en los ojos de mi desposada: conozco la perla por su brillo puro, mas no puedo decirte su nombre.

ISABEL.—¡Cómo, don César! Explícate. ¿Te abandonaste á la fuerza de tu primer amor como á la voz de

Dios? Esperaba de ti la viveza de la juventud, mas no la ceguedad de un niño. Dinos lo que ha motivado tu elección.

D. CÉSAR. — ¿Mi elección, madre mía? Cuando la oleada del destino arrastra al hombre á la hora fatal, ¿hay en ello elección? Yo no iba en busca de mi desposada, ni tal idea podía ocurrirme en la morada de la muerte. Allí encontré á la que no buscaba. Hasta entonces, la frívola raza de las mujeres me había sido indiferente y no logró conmoverme nunca, porque no veía una sola parecida á ti, madre mía, á quien adoro y respeto como imagen de Dios. Era en los tristes funerales de mi padre; y ocultos entre la multitud, asistíamos á ella porque recordarás que en tu prudencia nos ordenaste vestir un disfraz, á fin de que la violencia de nuestro odio no turbase ruidosamente la dignidad de la ceremonia. La nave de la iglesia estaba tapizada con negras bayetas; veinte estatuas con antorchas en la mano rodeaban el altar, ante el cual habían depositado el ataúd, que cubría la cruz blanca y el paño mortuorio. Sobre el ataúd se veía el bastón de mando, la corona real, las espuelas de oro, insignias del caballero, y la espada con su empuñadura engarzada en diamantes. Todo el pueblo permanecía arrodillado con devoción. De lo alto del coro brotaba la música del órgano invisible, y más de cien voces entonaron los cantos funerales. Mientras resonaban los himnos, el ataúd bajó lentamente con el cuerpo que encerraba á la subterránea morada, cuya abertura cubría el paño mortuorio. Los terrestres ornamentos quedaron sobre la tierra, pues no debían acompañar al difunto en su honda mansión; mas el alma, mecida por los cantos y sostenida por las alas de los serafines voló á lo alto, en busca del refugio del cielo y de la gracia divina. Renuevo este cuadro á tu memoria, madre mía, con pormenores minuciosos, para que veas si alimentaba en mi corazón el



D. CÉSAR. — *Era en los tristes funerales de mi padre...*

menor deseo, en aquel momento, en aquella hora grave y solemne elegida por el árbitro de mi vida para inflamarme con un rayo de amor. ¿Cómo acaeció? En vano me lo pregunto.

ISABEL.—Acaba. Quiero saberlo todo.

D. CÉSAR.—No me preguntes de dónde venía ella, ni cómo pareció junto á mí. Cuando volví los ojos, estaba á mi lado; al encontrarla tan cerca, me sentí herido hasta el fondo del alma por una impresión confusa, pero potente y maravillosa. No era la dulzura hechicera de su sonrisa, ni la hermosura de sus facciones, ni la gracia de su figura divina: era... voz íntima y profunda que me cautivaba con fuerza celestial, ¡poder mágico que no puede comprenderse! Pareció que nuestras almas se tocaron sin haberse comunicado, ni haber proferido una sola palabra. Cuando respiré el aire que ella respiraba, me era extraña, y sin embargo la conocía hasta lo más hondo de su sér, y de pronto oí distintamente que mi alma decía: ¿Si ella no, qué otra será en la tierra?

D. MANUEL (*le interrumpe vivamente*).—Este es el rayo divino y sagrado del amor que penetra en el corazón, le hiere, y le inflama. Cuando dos almas de igual raza se encuentran, no es posible escoger ni resistir; el hombre no desata lo que el cielo ató. Yo soy como mi hermano. Lo que acaba de relatar es mi propia historia, y debo agradecerle esta explicación, porque levantó con hábil mano el velo que cubría el sentimiento confuso que experimento.

ISABEL.—Bien claro veo que mis hijos siguen su destino rompiendo la vía que les estaba designada. El torrente fogoso que se precipita de las montañas se cava su lecho, se abre un camino sin buscar la vía regular que la prudencia le trazó. Sin duda he de someterme; ¿puedo acaso hacer algo? La mano poderosa é inflexible de los dioses teje el destino misterioso de

mi familia. El corazón de mis hijos es prenda de mis esperanzas en el porvenir; noble es su cuna, y nobles son sus pensamientos.

### ESCENA VI

ISABEL, DON MANUEL, DON CÉSAR; DIEGO aparece á la puerta.

ISABEL.—Ved; ahí llega mi fiel servidor. Acércate, acércate, buen Diego. ¿Dónde está mi hija?... Todo lo saben, no hay ya misterio alguno. ¿Dónde está? habla; dilo sin demora. Dispuestos estamos á soportar el más intenso gozo. Ven. (*Quiere acercarse con él á la puerta.*) ¿Pero qué es esto? ¡Cómo! vacilas, callas! tu mirada no me anuncia nada bueno. ¿Qué pasa? ¡Habla! Me estremezco. ¿Dónde está? ¿dónde está Beatriz?

(*Hace que se va.*)

D. MANUEL (*aparte sorprendido*).—¡Beatriz!

DIEGO (*la detiene*).—Atended.

ISABEL.—¿Pero dónde está? La ansiedad me mata.

DIEGO.—No viene conmigo. No os devuelvo á vuestra hija.

ISABEL.—¿Qué ha sucedido? ¡Por todos los santos, habla!

D. CÉSAR.—¿Dónde está mi hermana, desdichado? Habla.

DIEGO.—Ha sido robada, ha sido arrebatada por los corsarios. ¡Oh! ¿por qué he visto este día?

D. MANUEL.—¡Calmaos, madre mía!

D. CÉSAR.—¡Valor! Dominad la pena hasta saberlo todo.

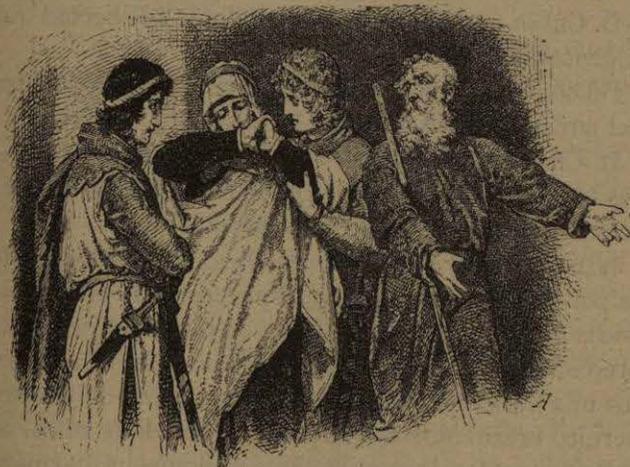
DIEGO.—Seguí rápidamente, como me ordenasteis, el camino del convento, que tantas veces recorrí y

que esperaba no volver á recorrer más. La alegría me daba alas...

D. CÉSAR.—Al caso.

D. MANUEL.—Habla.

DIEGO.—Llego al patio del convento, que tan bien conocía; pregunto por vuestra hija, veo el espanto en todas las miradas, y sé con horror la catástrofe.



(*Isabel cae pálida y temblorosa sobre un sillón; don Manuel acude solícito en su auxilio.*)

D. CÉSAR.—¿Y dices que los moros la han robado? ¿Pero los han visto? ¿Quién fué testigo del suceso?

DIEGO.—Se ha visto un buque de corsarios moros que echó el ancla en una bahía cercana al convento.

D. CÉSAR.—Muchos se refugian en ella, para escapar al furor del huracán. ¿Dónde está aquel buque?

DIEGO.—Lo han visto esta mañana en alta mar, huyendo de la costa á toda vela.

D. CÉSAR.—¿Hablaron de alguna otra fechoría? Los moros no se contentan con una sola presa.

DIEGO.—Se han apoderado violentamente de las vacadas que pastaban en aquellos contornos.

D. CÉSAR.—¿Y cómo esos bandidos han podido cometer su robo en el interior del bien cerrado convento?

DIEGO.—Las tapias del jardín pueden fácilmente salvarse con una escala.

D. CÉSAR.—¿Y cómo han penetrado hasta el interior de las celdas?... las piadosas monjas viven sometidas á rigurosa disciplina.

DIEGO.—Las novicias pueden pasear libremente.

D. CÉSAR.—¿Usaba ella á menudo de la libertad que le concedían?

DIEGO.—Con frecuencia la veían buscar la soledad del jardín; pero esta vez no ha vuelto.

D. CÉSAR (*después de un momento de reflexión*).—¿Dices que ha sido robada? Pero tan fácil era á los piratas robarla, como á ella huir del convento.

ISABEL (*se pone en pié vivamente*).—Si ha desaparecido es por la violencia... por un raptor criminal. Mi hija no podía olvidar sus deberes hasta el punto de seguir libremente á un raptor. Manuel, César: hoy debía daros una hermana; mas ahora debo recibirla de vuestro heroico brazo. Mostrad vuestro valor. Hijos míos, no debéis soportar tranquilamente que vuestra hermana sea la presa de un ladrón audaz. Requerid las armas, equipad navíos, recorred la costa, perseguid á los piratas en todos los mares: ¡os han robado á vuestra hermana!

D. CÉSAR.—Adiós, madre; vuelo á descubrirlos y á vengarnos. (Sale.)

D. MANUEL (*despertando de profundo ensimismamiento, se vuelve con inquietud á Diego*).—¿Cuándo dices que desapareció?

DIEGO.—No la han visto desde esta mañana.

D. MANUEL (*á doña Isabel*).—¿Y tu hija se llama Beatriz?

ISABEL.—Tal es su nombre. ¡Pero no me preguntes! Vê, acude en su busca.

D. MANUEL.—Una cosa, sólo una cosa, madre mía. Díme...

ISABEL.—Vê. Sigue el ejemplo de tu hermano.

D. MANUEL.—¿En qué lugar, te lo ruego...

ISABEL.—¡Mira mi llanto, mi angustia mortal!

D. MANUEL.—¿En qué lugar la tenías oculta?

ISABEL.—¡Oh! no estaba escondida en el centro de la tierra.

DIEGO.—Súbito temor me sobrecoge.

D. MANUEL.—¡Temor! ¿por qué? Dí lo que sepas.

DIEGO.—Temo haber sido causa inocente de su raptor.

ISABEL.—¡Desgraciado! Explica cómo fué.

DIEGO.—Guardé silencio, princesa, para evitar la intranquilidad á vuestro corazón de madre, mas el día en que enterramos al príncipe, todo el pueblo ávido de espectáculos nuevos, se reunió en gran número para presenciar la triste solemnidad. La nueva alcanzó los muros del convento. Vuestra hija me rogó, con reiteradas instancias, que la dejase ver la ceremonia. Yo, infeliz, me dejé convencer: vistióse ella con ropas de luto, y fué así testigo de los funerales. Me temo que entre la multitud que acudió allí de todos lados, estuviese ella expuesta á la mirada del corsario; porque ningún manto vela el esplendor de su hermosura.

D. MANUEL (*aparte, tranquilizado*).—¡Dulces palabras que calman mi corazón! ¡No es ella! Lo que dice no puede referirse á mi Beatriz.

ISABEL.—¡Viejo insensato! ¿Así me has hecho traición?

DIEGO.—Recta fué mi intención, princesa; yo creía reconocer en su deseo la voz de la naturaleza, la fuerza de la sangre. Pensaba que era aquella la obra del cielo, que por secreto y tierno impulso, guiaba á la hija al sepulcro de su padre. Quise ceder al deber piadoso que ella tenía derecho á cumplir: si obré mal, buena fué al menos la intención.

D. MANUEL (*aparte*).—¿Por qué permanecer aquí martirizado por la duda y los temores? Voy sin perder instante al encuentro de la luz y la cértidumbre. (*Hace que se va.*)

D. CÉSAR (*vuelve*).—Espera, Manuel; quiero seguirte.

D. MANUEL.—No me sigas, aguarda. Nadie me siga!

D. CÉSAR (*le mira sorprendido*).—¿Qué le ha pasado á mi hermano? Dímelo, madre.

ISABEL.—Lo ignoro; ya no es el mismo á mis ojos.

D. CÉSAR.—Vuelvo, madre mía, porque en el ardor de mi celo, olvidé pedirte una señal para darme á conocer á mi hermana. ¿Cómo encontrar sus huellas sin saber de qué sitio la han robado los corsarios? Nómbrame el convento en que estaba encerrada.

ISABEL.—Es un convento consagrado á santa Cecilia. Se oculta en el bosque que se extiende sobre las laderas del Etna, como para hacerle callado asilo de las almas.

D. CÉSAR.—Ten valor, madre mía! Fía en tus hijos. Yo te traeré á mi hermana, aunque haya de buscarla en todos los mares y en todos los países! Una cosa me aflige sin embargo, madre mía. Dejé á mi desposada bajo extraña protección! Sólo á ti puedo confiar el precioso depósito: voy á presentártela, la verás, y en sus brazos, sobre su tierno corazón, olvidarás tus inquietudes y tus sufrimientos.

ISABEL.—¿Cuándo cesará la antigua maldición que pesa sobre nuestra casa? Pérfido genio burla mis esperanzas, y su envidiosa rabia no se ve nunca satisfecha. Me creía cerca del puerto, confiaba con gran seguridad en las que me parecían firmes prendas de ventura, y calmadas todas las borrascas, veía con alegres ojos la tierra alumbrada por los rayos del sol poniente, cuando se alza una tempestad en el cielo sereno, y me fuerza á luchar nuevamente contra las olas.

(*Retrase al interior del palacio; Diego la sigue.*)



## ACTO III

### ESCENA PRIMERA

La escena representa un jardín

LOS DOS COROS, después BEATRIZ.—El coro de don Manuel avanza con aparato de fiesta, llevando guirnaldas de flores, y el tocado de la novia antes descrito.—El coro de don César quiere impedirle la entrada.

#### 1.<sup>er</sup> CORO - CAYETANO

**B**IEN harás en dejar este lugar.

2.<sup>o</sup> CORO - BOHEMUNDO.—Sí, cuando más poderoso señor lo exija.

1.<sup>er</sup> CORO - CAYETANO.—Deberías comprender que tu presencia es importuna.

2.<sup>o</sup> CORO - BOHEMUNDO.—Ya que eso te disgusta, me quedo.

1.<sup>er</sup> CORO - CAYETANO.—Este es mi puesto. ¿Quién se atreve á detenerme?

2.<sup>o</sup> CORO - BOHEMUNDO.—Yo, que mando aquí.

1.<sup>er</sup> CORO - CAYETANO.—Don Manuel, mi señor, es quien me envía.